

Oriente Medio

UNA PAZ PELIGROSA

EDUARDO HARO TECGLÉN

EN 1955, los Estados Unidos tejieron laboriosamente el Pacto de Bagdad, que comenzó como una alianza entre Irán y Turquía a la que se unieron Gran Bretaña, Pakistán y Persia; los Estados Unidos lo manejaban a distancia, y formaban parte de los comités militar y económico. Era un pacto de equilibrio para Oriente Medio. Pero en 1958 la revolución estalló en la misma sede del pacto, en Bagdad: murieron en ella el Rey Faisal, su tío el príncipe Abdul Illah y el primer ministro general Nuri Es Sald. Estados Unidos habían apoyado sus intereses en una tranía contraria al pueblo, a los intereses árabes, a las esperanzas de la zona. Se acabó el pacto.

Menos de un año después, los Estados Unidos habían encontrado la sucesión: creaban el CENTO, o Central Treaty Organisation. Los mismos países, menos Irán, ya perdido. Y los mismos propósitos. Esta vez, se apoyaban en Persia, hoy Irán. Nuevamente en un régimen rudo, impopular, el del Sha Mohammed Reza Pahlévi, con su rigurosa y cruel corte imperial. Nuevamente una revolución en la misma sede del pacto, en su país clave: en Teherán. El Sha está en fuga, sus principales colaboradores están siendo víctimas de ejecuciones sumarias (parece que ahora detenidas, por la insistencia del primer ministro, Bazargan, y por las presiones internacionales). El 11 de marzo, Irán anunciaba que se retiraba de "todos los compromisos y responsabilida-

des" del pacto; poco después hacia lo mismo Pakistán.

Y, una vez más, aparece el recambio. Ahora, el país fuerte es Egipto, su alianza inmediata de Israel. Lo ha conseguido Carter después de explicar a los dos países en un viaje dramatizado —probablemente, exagerando las dificultades y las imposibilidades, para hacer más llamativo su triunfo— que no hay más alternativas que esta

entrevistan en Washington: a la sombra natural y protectora del Pentágono. Lo que tienen que hacer son pactos de guerra posible, pero con los Estados Unidos al lado. Mientras, una fuerte misión americana recorre la zona asegurando alianzas para este nuevo pacto. Es una misión militar: la preside Brzezinski —de quien la fama hace un "halcón"—, consejero de Carter: en cuestiones de seguridad

edita y en Jordania y su intención es advertir a estos países que cualquier acción que pudieran tomar contra Egipto sería una acción contra los Estados Unidos y podría ser castigada; por el contrario, cualquier ayuda sería premiada. Otra vez la vieja alternativa entre los dólares y la guerra. Para estos dos países, la situación es un drama. Con regimenes feudales que temen un día ser pasto de la revolución, como en el Irán, querrían por una parte sostener a Egipto, para evitar una desestabilización de toda la zona, pero no pueden serle favorables por medio a esa misma revolución, por no desolidarizarse de los países que, en Bagdad, acordaron en el mes de noviembre acciones políticas y económicas contra Egipto si firmaba el tratado de paz con Israel. Arabia Saudita se ha ido distanciando cada vez más de Estados Unidos. Jordania no ha querido nunca participar en las conversaciones de Camp David: las presiones de Siria y de los palestinos son muy fuertes. Si todo esto ha existido siempre, ahora es infinitamente más peligroso. El mundo islámico está en un momento de euforia, arrastrado por el profetismo de Jomeini y por todo lo que se deriva de él: no sólo una seguridad religiosa, sino todo un sentido político conjunto que estima el derecho árabe a poseer el petróleo que produce, que repudia Israel, que culpa a Estados Unidos, que enaltece a los palestinos como pueblo heroico que no ha cesado un solo día de defender sus derechos históri-



Soldados y carros blindados en la Universidad de Estambul tras la proclamación de la ley marcial por el Gobierno turco.

paz con dólares —cuatro mil millones van a ser votados inmediatamente por el Congreso; puede llegarse hasta diez mil millones, quizá hasta veinte mil en el curso de los próximos años— o la guerra. Una guerra en la que los Estados Unidos no sabrían abstenerse, porque consideran que sus intereses son vitales en la zona —el petróleo, la estrategia—. Los dos ministros de Defensa —Egipto e Israel— se

nacional, le acompaña el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor (el general de Aviación David Jones), un adjunto del secretario de Estado, Warren y Christopher, y el hijo de Carter (que no es nada, sólo el hijo de Carter: la demostración simbólica de que el Presidente está interesado personalmente en el tema: un residuo del simbolismo de las antiguas dinastías). La misión está en Arabia Sau-



Si el destino de Sadat no parece muy distinto del de sus antecesores pactantes, el Rey Faisal y el Sha Reza Pahlavi, esto no quiere decir que los Estados Unidos se hayan equivocado. En la foto, Sadat y Carter, en Alejandría.

cos y geográficos. Estamos viendo la revolución de Jomeini, desde Occidente, como algo perfectamente odioso en sus aspectos diarios, y lo es: en sus matanzas indiscriminadas de antiguos colaboradores del Sha y pequeños "delincuentes" sexuales, en la cuestión del velo de las mujeres, en los latigazos a los adúlteros y en su presión de la izquierda. Pero este reflejo de lo siniestro no tiene el mismo sentido en países donde las mujeres siguen llevando velo (y ahora, voluntariamente, lo adoptan los que lo habían abandonado, para islamizarse mejor), donde se corta las manos a los ladrones, donde la pena de muerte se practica a diario, y por motivos menores que los que Irán esgrime frente a los generales de Sha. El mismo al que Sadat recibió con todos los honores de un jefe de Estado, cuando huía de su país: y aplicó la represión y la censura contra aquellos que protestaban: el Partido Unionista Nacional Progresivo vio a sus miem-

bros detenidos y sus periódicos clausurados por protestar contra el Sha y ensalzar a Jomeini.

Dirigido por Sadat, Egipto se está convirtiendo velozmente en un Estado impar entre los árabes. Recientemente se ofreció a Estados Unidos como la "Cuba de África" —pero, naturalmente, con los términos revolucionarios invertidos—: el país que podría ser el contrapeso de todos los demás, el país que podría enviar sus soldados a combatir en África por los intereses de Estados Unidos. El país que pueda albergar los aviones militares, y sus bombas —si atómicas, mejor— que ya no pueden estar en el Irán. El país que espera un Plan Marshall para esta guerra fría, que puede —muy fácilmente— ser una guerra caliente. En una palabra, el guerrero de Oriente: lo que fue el Sha, o lo que fue Nuri Es Saïd en Irán, antes de caer.

Pero "ningún país puede pretender representar el papel de un gendarme de la re-

gión", dice el periodista francés André Fontaine el presidente de la Federación de Emiratos Arabes Unidos, el jeque Zayed Bin Sultán al Nahayan, para quien la mística de Camp David es un error. "El único camino sería, si los Estados Unidos desean contribuir realmente a la paz, reunir a todas las partes a las que el conflicto concierne: Egipto, Jordania, Siria y, ante todo, el pueblo palestino, víctima de una nueva injusticia que nadie puede aceptar. Todos deben participar en una conferencia durante la cual se aborden todos los aspectos de un arreglo pacífico duradero y global. Pero Egipto no puede hacer la paz por sí solo, como no podrían hacerlo Siria o Jordania". ¿Y el Irán y el ayatollah Jomeini? "Es evidente que en cada país la política tiene que estar unida al Islam, porque no puede estar separada de una doctrina que es clara, que es neta, que puede preservar el Islam y los países del Islam. Para nosotros es una actitud (la de Jo-

meini) absolutamente normal": ¿No hay diferencias entre chiitas y sunnitas? "Pertenecen a la misma religión, que hace todo lo que está en su poder para el bienestar de la Humanidad y el servicio de Dios; desde ese punto de vista, no hay diferencia entre las distintas sectas. Dios todopoderoso nos invita a coordinar nuestros esfuerzos en el servicio de la paz y de la justicia. Si lo conseguimos, podremos decir que habremos realizado nuestra vida".

Estas opiniones tienen una extrema importancia por quien las pronuncia, que por una parte es el administrador de todo el petróleo del golfo, y por otra una censor respetado. Pero más allá de la figura, son opiniones prácticamente comunes en todo el mundo islámico y en todo el mundo árabe. Oponer la figura vacilante, insegura, sospechada de traición y de egoísmo de Sadat a la del ayatollah Jomeini, cuyo fanatismo y arrogancia divina no son un obstáculo, sino todo lo contra-

LA ALIANZA

rio, en un mundo arrasado, maltratado, herido, engañado y sometido, al que no le quedan más fuerzas que las de la fe, no es más que una locura.

¿Podrían profetizarse un final para los acuerdos de Camp David parecido al de sus precedentes, el Pacto de Bagdad y el CENTO? No se puede profetizar nada, evidentemente, pero está en la lógica que así sea. La presión de Carter quizá haya conseguido algo más, pero también muy distinto, que aproximar Egipto a Israel; lo que ha conseguido es separar Egipto de los otros países árabes. Es un comentario del que un día fue el editorialista más famoso del mundo árabe, Mohammed Heykal, marginado ahora por Sadat, que recoge un periodista británico, Christopher Itchens ("New Statesman", Londres) que ha conversado con él. Haykal cree que ahora la guerra está más cerca. En cierto modo, se basa en el carácter de Sadat, al que considera volátil, y apoyado en un régimen sin base. Begin —y Carter— trata de sacar de él una concesión irreversible: algo que no le permita volverse atrás. Pero Sadat es hombre incapaz de mantener nada de una manera irreversible. Aislado cada vez más de los Estados árabes, quizá un día necesita hacer un gesto significativo para unirse de nuevo a ellos. Ello significaría que la península del Sinaí puede estar regada de sangre más pronto de lo que las gentes piensan... Y dice Heykal: "Uno puede cambiarlo todo, menos la geografía y la Historia".

Quizá podría pensarse que Sadat, a pesar de todo, ya no tiene vuelta atrás, ni siquiera con un gran gesto. Está de lleno en el otro lado de la historia, en el lado contrario al del mundo árabe y al del mundo islámico: no se lo perdonarán, como no se lo han perdonado al Sha. Se vio cómo el Sha quería dar marcha atrás en los últimos tiempos, cómo buscaba componendas con el

breve y desesperado Gobierno de Bajtiar, cómo prometía amnistías, regresos de exiliados, abría cárceles, desposeía viejos culpables: y se vio como todo esto se estrellaba contra una muralla insalvable. Justamente el trabajo conjunto de Begin y de Carter

abierto, y que si no forzaba a una paz justa a Israel —para con todos los árabes— podría volver a ser el mismo de antes. Se quivocaba. Había entrado en un terreno cenagoso que le permitiría ya salir nunca más. Ha ido hundiéndose poco a poco. La crónica de

Rey Feisal y el Sha Reza Pahlevi, esto no quiere decir que los Estados Unidos se hayan equivocado. A simple vista se les hundían todos sus protegidos, y esta es una constante histórica desde que terminó la guerra, y con ellos sus pactos y sus alianzas. Lo mismo



Guerrilleras izquierdistas iraníes, durante una sesión de entrenamiento en Teherán.

ha sido conseguir que Sadat se encuentre en una posición sin alternativas. Quizá en su primer viaje a Jerusalén, Sadat iba infatuado con una idea mesiánica de sí mismo —a la que ningún político escapa—: la posibilidad de conseguir una paz general para todo el Oriente árabe, la confianza de que iba a mover la Historia en un sentido positivo para su nación. Era un tiempo en el que negaba rotundamente que fuese a hacer la paz por separado, y respondía a todas las acusaciones de traición con la iluminada sonrisa de quien estaba seguro de que, al final, sería aclamado. Creía también que tenía el camino de regreso

este tiempo muestra cómo, concesión tras concesión, ha ido desnaturalizándose, perdiendo sus propias razones de ser, hasta convertirse en un mero instrumento. La conversión del Egipto de Nasser, que unió el mundo árabe en una ilusión conjunta con una fuerza que todavía no ha conseguido el ayatollah con el mundo islámico, en este aliado de Estados Unidos y de Israel contra la causa general árabe y contra los palestinos sería la mayor inversión de nuestro tiempo de no haber existido otra más significativa: la de China.

Si el destino de Sadat no parece muy distinto del de sus antecesores pactantes, el

los árabes de Bagdad o Teherán que el coreano Syngman Rhee, el vietnamita Ngo Dinh Diem, el americano Trujillo o, en el futuro —tan previsible— el filipino Marcos. Pero ¿se puede considerar que esta sea una política de errores? Los Estados Unidos no parecen estar construyendo una política de futuro más que a retazos: es una política cotidiana, de solución inmediata de problemas. Es como la cartera de un agente de Bolsa: si unos valores se hundían, otros subían. El alza china puede ser importante, puede compensar otras pérdidas, quizá la de Marcos, quizá la de Taiwán cuando llegue el momento: es mucho más succulenta que la

pérdida del Vietnam por lo que consideramos sus errores de entonces, y hasta puede servir para restablecer un equilibrio occidentalista en la misma península indochina, si consideramos el reciente ataque chino al Vietnam como un preludio de otros acontecimientos. La pérdida del Irán puede estar compensada por la ascensión de Egipto, por la conversión de Egipto en gendarme. Mientras, no se cesa de hacer esfuerzos, evidentemente, para recuperar Irán.

Cuando Egipto caiga, cuando Sadat caiga, quizá se haya inventado ya otro recambio. Puede pasar muy pronto, si la reacción árabe que ha comenzado físicamente por los movimientos de rebelión en Cisjordania y en Jerusalén, moralmente por la llamada de Jomeini, políticamente por las reuniones de países árabes, tiene la fuerza suficiente para ello; puede tardar un año, o dos, o diez, aunque ahora parece más probable un intento inmediato. Durante este tiempo, el movimiento habrá sido útil.

Tiene razón Carter para considerarse vencedor en esa prueba. Aparte de haber, quizá, ganado unas elecciones —el voto judío no es sólo importante numéricamente; es trascendental en cuanto a su capacidad de influencia por vía de prensa y televisión en los Estados Unidos—, uniendo el éxito de Egipto al de China —en el caso de que China no vaya más allá de lo previsto, y sus movimientos en Vietnam parece que tiene su control y el de sus aliados— y habrá conseguido una baza muy importante para Israel. A la larga, ¿qué sucederá? Puede que a la larga Egipto e Israel hayan hecho el peor negocio de su vida, que a Israel le afecte en su propia existencia y a Egipto en su independencia y en la estabilidad de su régimen.

Pero, para entonces, los Estados Unidos tendrán ya una solución de recambio. ■



Monnet: se le consideró "un agente americano".

Ha muerto Jean Monnet

El padre de la Europa capitalista

ñas; y, más adelante, se acreditó como un gran financiero. La Liga de Naciones le encargó de restaurar la economía de Austria, después de la primera guerra mundial; más tarde lo haría con Polonia y Rumania, como representante de capital financiero americano (Blair Co.). Recibiría otros encargos, la mayor parte de ellos de Estados Unidos: llegó a ser íntimo amigo de Roosevelt, luego de Eisenhower. Se le consideró como "un agente americano": probablemente lo era más por vocación, por creencia, que por intereses directos personales.

Pero indudablemente la construcción de Europa y del Mercado Común formó parte de la guerra fría, y las tentativas de crear una unidad europea equidistante de la URSS como de los Estados Unidos no empezaban hasta después de la influencia de Monnet, y en ningún caso con verdadera fuerza. Aunque su eclecticismo se mostrase en alguna anécdota de su vida: se casó con la esposa de un diplomático fascista italiano, Silvia de Boldini, a la que llevó a Moscú en 1928 para que pudiera divorciarse de su marido y para casarse allí con ella.

La idea de una Europa unida, o de unos Estados Unidos de Europa, nacieron con este vicio de las manos de Monnet, como de las de Schumann y las de Churchill: una Europa capitalista. Hoy, por encima de las instituciones del Mercado Común, y trabajando estrechamente con ellas, están las multinacionales, que hacen de Europa una unidad desinstitucionalizada. Falta, en cambio, la Europa de los pueblos, la Europa de los trabajadores: se lucha por ella por la vía del Parlamento de Estrasburgo, cuyas elecciones se celebrarán en junio, y por los rudimentos de unos sindicatos europeos que no acaban de cuajar. Quizá por esta falta de popularidad de la creación de Europa aparecen ahora tendencias disgregadoras, no sólo entre naciones, sino dentro de las mismas naciones, buscando unidades regionales más pequeñas. ■

LA paz del mundo solamente puede ser salvaguardada por la formación de entidades grandes en la reunión mundial y por la discusión de los problemas dentro de instituciones comunes, sean estos problemas políticos, militares o monetarios": este era el credo de Jean Monnet, a quien se ha llamado el padre de Europa, que acaba de morir a los noventa años. La idea de la unificación de Europa es anterior a él: se ha buscado por la vía de la incorporación forzada —desde Carlomagno a Napoleón, o hasta Hitler— y no se ha conseguido nunca. Coincide con la ideología de los biólogos políticos, que estiman que la Historia se va formando por la agregación cada vez mayor de grupos humanos: la horda, la tribu, el Estado-ciudad, la nación, la federación de naciones...

Jean Monnet fue un financiero que creyó que los negocios no se debían limitar a un solo país, quizá porque una de sus grandes actividades fueron los ferrocarriles internacionales. En la guerra tuvo una actuación destacada como unificador de esfuerzos; después de la guerra creyó que esta unificación de esfuerzos debería continuar —apoyado por Churchill, que también fue, a pesar de su insularidad, uno de los grandes creyentes en la unidad europea— y de sus manos salió el proyecto de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, de la cual habría de salir a su vez el Mercado Común, compuesto inicialmente por seis naciones (entre ellas, naturalmente, la de Monnet: Francia). Monnet, de todas formas, vio siempre la unidad europea desde un punto de vista de negocios: estaba educado en la empresa familiar —una destilería de coñac— y su juventud la pasó viajando como representante: Canadá, Estados Unidos, Egipto, Gran Bretaña... Todas sus relaciones fueron de grandes Bancos, grandes compa-